

TONY JUDT: UNA MIRADA MÁS FRÍA

Tras su prematura muerte en agosto de 2010 los elogios siguen amontonándose sobre el historiador Tony Judt. Para el *Guardian*, fue «un crítico valeroso de limitadas ortodoxias», «un brillante comentarista político». Para *New York Review of Books*, «una fuente de inspiración» que, «como Isaiah Berlin», buscó «abrazar la diferencia» dentro de relatos históricos que eran «armoniosos, convincentes y verdaderos»; como Camus, Blum y Aron, Judt sabía lo que era soportar la «carga de responsabilidad» del intelectual. Para *Economist*, era «un erudito con visión de futuro», «una inteligencia meticulosa», «un intelectual con mayúsculas». El *New York Times* homenajeaba su «profunda desconfianza en las ideologías de izquierda»¹. En una conferencia en París organizada conjuntamente por NYRB y el CERI-IEP, se alababa el «rigor académico, elegancia de estilo y agudeza de juicio» de Tony Judt. Moralmente era «valeroso», «profético», un nuevo Orwell; intelectualmente «extraordinario», poseedor de una «tremenda lucidez»; como historiador de la vida política francesa estaba afortunadamente «vacunado contra las ideas revolucionarias que habían sido la principal cualidad del intelectual *engagé*»². ¿Hasta qué punto confirman estas alabanzas un examen sensato de la obra de Judt que se atenga a los normales criterios académicos de coherencia intelectual y credibilidad empírica? A continuación se presenta una evaluación de sus escritos, la condición necesaria para valorar adecuadamente su contribución como historiador, divulgador y académico.

Tony Judt nació en 1948, hijo de emigrantes judíos, y creció en los suburbios del suroeste de Londres en un entorno de clase media baja. Más tarde explicaría que «procediendo de esa rama de la judería de Europa del Este que había abrazado la socialdemocracia, mi propia familia era visce-

¹ Respectivamente, Geoffrey Wheatcroft, *Guardian*, 9 de agosto de 2010; Timothy Garton Ash, *NYRB*, 20 de agosto de 2010; *Economist*, 12 de agosto de 2010; William Grimes, *NYT*, 7 de agosto de 2010.

² «Crítico sin miedo»: *Economist*, 12 de agosto de 2010; «profético»: *Guardian*, 9 de agosto de 2010; «extraordinario»: Chris Patten, *Observer*, 11 de abril de 2010; «tremenda lucidez»: Fritz Stern, contribución a la conferencia NYRB-CERI SciencesPo «Tony Judt: A Distinctive Presence Among Us», 23-25 de junio de 2011; «vacunado contra las ideas revolucionarias»: Samuel Moyn, contribución a la conferencia NYRB-CERI SciencesPo.

ralmente anticomunista»³. Educado en una pequeña escuela privada del sur de Londres, fue secretario general de una organización juvenil sionista antes de ir al King's College de Cambridge, en 1967. Los estudios de posgrado le llevaron a la Ecole Normale Supérieure de París, donde parece que adquirió el desagrado por los intelectuales marxistas que le acompañaría toda su vida; posteriormente se traslada al sur de Francia, donde realizó la investigación doctoral sobre la historia del socialismo francés en el departamento de Var. Sus dos primeros libros recurrirían extensamente a este trabajo: *La Reconstruction du Parti Socialiste, 1921-1926* fue publicado en París in 1976; *Socialism in Provence, 1871-1914*, «un estudio sobre los orígenes de la izquierda francesa», apareció tres años después⁴. A mediados de la década de 1970 en Francia se había acentuado la preocupación del *establishment* ante la perspectiva de una victoria electoral conjunta de los partidos socialista y comunista, en la estela de la revolución portuguesa. Este telón de fondo inspira la preocupación central de ambos libros de Judt: las razones por las que Francia había fracasado en producir un partido socialdemócrata solvente basado en el modelo anglo-nórdico. A diferencia de sus homólogos, firmemente anticomunistas —el Partido Laborista Británico o el SDP alemán—, la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) nunca se había despojado por completo del léxico del marxismo, y todavía apelaba a una noción de socialismo incluso después de 1945, cuando su práctica política era, por otro lado, bastante «aceptable». Los temas de su investigación doctoral se mostrarían fundamentales para gran parte de su trayectoria posterior.

1. LA IZQUIERDA FRANCESA

Su primer libro, *La Reconstruction du Parti Socialiste*, analizaba la refundación de la SFIO después de su histórica división en el Congreso de Tours de 1920, cuando una gran mayoría de los delegados optaron por la Tercera Internacional y pasaron a fundar el Partido Comunista Francés. Para Judt, la presencia a su izquierda de un combativo partido comunista obligó a la dirección de la SFIO a compensar sus prácticas reformistas con un compromiso verbal con el socialismo. Las bases de la SFIO insistían en que el partido «permaneciera siendo lo que ellos habían hecho que fuera»; cualquier intento de diluir su mensaje hubiera jugado a favor del PCF. Como Judt señalaba:

El margen era estrecho; una *aproximación* demasiado marcada al PCF podía permitir que este partido, más rígido y radical, acabara destruyendo al partido socialista, pero una ruptura demasiado brusca con los comunistas podía con-

³ Tony Judt, «Elucubrations: The “Marxism” of Louis Althusser», *The New Republic*, 7 de marzo de 1994; recogido en *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century*, Londres, 2008, p. 106.

⁴ T. Judt, *La Reconstruction du Parti Socialiste, 1921-1926*, París, 1976; *Socialism in Provence, 1871-1914: A Study in the Origins of the Modern French Left*, Cambridge, 1979.

ducir a perder a los elementos que habían permanecido en la SFIO solamente con la condición de que conservara una posición marxista revolucionaria⁵.

La división de 1920 no había separado nítidamente a los reformistas de los revolucionarios, como había sucedido en otros partidos socialistas del norte de Europa después de la Revolución Bolchevique; en vez de ello, una sección de la izquierda permaneció en lo que quedaba de la SFIO dirigida por Léon Blum, constituyendo la mayoría de sus miembros. Aparte de una pequeña facción de derecha, todos los delegados de la SFIO rechazaban la colaboración con los gobiernos burgueses y defendían la dictadura del proletariado. Judt señalaba que los alcaldes socialistas estaban obligados a obtener la aprobación del partido antes de inaugurar monumentos a los Caídos, un tema que producía fuertes divisiones en el partido después de la Primera Guerra Mundial. Inicialmente la dirección de la SFIO se abstuvo de unirse a la reconstituida Segunda Internacional, prefiriendo apoyar a la Unión de Viena, la «segunda Internacional y media» creada por los austro-marxistas, aunque como era de esperar, acabó adhiriéndose en 1923. Las actitudes de las bases condicionaban decisivamente a la dirección parlamentaria de la SFIO: en 1924 Blum y los diputados de sus filas fueron obligados a limitarse a un apoyo externo al gobierno radical de Edouard Herriot –cuando perseguía un programa de austeridad interior, guerra imperial en Marruecos y ocupación militar de la cuenca del Rhur– debido a que los militantes no hubieran tolerado una plena participación en su gobierno. Este era un ejemplo del elevado precio pagado por la SFIO por la «rigidez» ideológica necesaria para su supervivencia, habida cuenta de la constante presión desde la izquierda que ejercía el PCF⁶.

La Reconstruction du Parti Socialiste fue efusivamente recibido en los círculos liberales-atlanticistas de Francia, donde fue publicado por la Fundación Nacional de Ciencias Políticas con un obsequioso prefacio de la ex-comunista Annie Kriegel, de quien más tarde incluso Judt diría que había pasado del «ferviente dogma del partido al anticomunismo conservador»⁷. Las advertencias del libro sobre la funesta influencia del PCF tenían lecciones evidentes para aquellos que estaban tentados por la Unión de la Izquierda a mediados de los años setenta. El anticomunismo había sido la ideología estándar del mundo anglófono durante toda la Guerra Fría, pero en Francia solo se convirtió en doxa a mediados de la década de 1970. *Archipiélago Gulag* fue traducido en 1974 y el influyente libro de François Furet, *Rethinking the French Revolution*, fue publicado en 1978. En este contexto, el informe de la influencia negativa del PCF en la década de 1920

⁵ T. Judt, *La Reconstruction du Parti Socialiste*, cit., pp. 45, 154.

⁶ *Ibid.*, pp. 10, 62-63, 146, 195, 184.

⁷ Kriegel escribe: «Un libro precioso, escrito con el conciso vigor que solamente pueden proporcionar la familiaridad con las fuentes, la implacable claridad del método, el pensamiento analítico bien afilado y la elegancia de un discurso muy bien hilvanado», *La Reconstruction du Parti Socialiste*, p. i. Para el comentario de Judt, véase *Marxism and the French Left: Studies in Labour and Politics in France, 1830-1981*, Oxford, 1986, p. 209.

era una tarjeta de visita perfecta: un anticomunismo anglo-americano con una larga existencia se reunía felizmente con un anticomunismo francés en ascenso.

La segunda obra de Judt, *Socialism in Provence, 1871-1914*, se remontaba a un tiempo anterior a que se sintiera la nefasta influencia del Comintern, pretendiendo rescatar una visión de la izquierda francesa moderna que no fuera «ni una *victime du marxisme*, ni la última de una sucesión de cripto-jacobinos»⁸. Recurriendo de nuevo a su investigación doctoral en Var, Judt sostenía que las áreas donde a finales del siglo XIX había triunfos socialistas eran distritos en los que predominaban los pequeños propietarios agrícolas, más que los aparceros o jornaleros. El colapso de los precios agrícolas en las últimas décadas del siglo XIX había radicalizado a esta capa. Recogiendo la idea de Eric Wolf del «campesino medio», Judt sugería que su relativa autonomía económica daba a los pequeños propietarios la capacidad para la acción independiente, mientras que su vulnerabilidad frente a las coyunturas del mercado, especialmente después del giro hacia la viticultura, les convertía en defensores de la protección del Estado para la agricultura. Los primeros programas socialistas hablaban directamente a los intereses de los pequeños propietarios; inicialmente, los campesinos de Var «en respuesta a una ideología que apelaba a ellos en términos de clase» prestaron su apoyo al partido. Posteriormente, este compromiso cuajaría en una inquebrantable tradición política: «votar a los socialistas formó parte del carácter “histórico” de la vida en Provenza, mucho después de que la SFIO hubiera dejado de representar cualquier función en beneficio de la población local y, de hecho, hubiera perdido gran parte de su programa y carácter revolucionarios»⁹. En resumen, los intereses materiales explicaban el ascenso del socialismo, y la cultura su larga continuidad.

Como trabajo de erudición empírica, *Socialism in Provence* destaca por encima de la producción posterior de Judt, y su análisis extensamente documentado revela a un cuidadoso historiador social. Los capítulos finales giran en torno a una discusión más general de la política francesa y el campesinado. El argumento de Judt aquí es familiar: la persistencia en Francia de un socialismo en líneas generales marxiano se debía al gran número de pequeños propietarios agrícolas combinado con la temprana introducción del sufragio universal, ambos, legados de la Revolución francesa¹⁰. El atraso francés, lejos de ser una desventaja para el socialismo, explicaba por qué había tenido un relativo éxito. Judt daba su aprobación a la teoría de la modernización, estando de acuerdo en que «el potencial para la revolución» es mayor «en los primeros años del desarrollo capitalista». Pero en el caso francés su explicación era limitada: el socialismo no desapareció cuan-

⁸ T. Judt, *Socialism in Provence*, cit., p. ix.

⁹ *Ibid.*, pp. 236-237; véase también, pp. 229-230.

¹⁰ *Ibid.*, p. 302.

do el país se modernizó¹¹. Sin embargo, la historia en conjunto estaba clara: el socialismo francés descansaba sobre todo en una base campesina, y como tal, era una consecuencia del atraso económico.

Tras las huellas de Furet

En un descuido, el propio Judt señalaría que «en algún momento entre 1973 y 1978, el marxismo y el estudio de sus implicaciones y de su resonancia teórica perdió el dominio que había mantenido ininterrumpidamente durante una generación sobre la imaginación intelectual en Francia. En el intervalo de menos de una década se puso de moda ser no solo no-marxista, sino antimarxista»¹². Esto es cierto y sus dos primeras obras sintonizaban perfectamente con la atmósfera parisina dominante. Desde 1980 a 1987 estuvo instalado en el St. Anne College de Oxford como profesor de Filosofía, Política y Economía, y su siguiente libro también estaba correctamente situado para aprovechar este viento favorable. Publicado en 1986, *Marxism and the French Left* fue la primera incursión de Judt en la historia intelectual. Tenía una estructura cuando menos poco habitual: densos capítulos sobre el movimiento obrero en el siglo XIX y la trayectoria de la SFIO entre 1920 y 1936 iban seguidos por una presentación muy polémica del marxismo francés durante los *trente glorieuses* de 1945-1975, coronada por un himno a la victoria de Mitterrand en 1981.

Vinculando estos temas aparentemente dispares se encuentra una narrativa muy selectiva de la izquierda francesa, que omite la resistencia antinazi y de hecho prescinde de cualquier análisis del PCF. *Marxism and the French Left* se diferencia de su obra anterior por un tono ostentosamente partidista y un marcado declive de la erudición; también sufría un notable deterioro de su coherencia interna debido a los intentos de Judt por postular al mismo tiempo dos argumentos mutuamente contradictorios. Por una parte, siguiendo a Furet, *Marxism and the French Left* afirmaba que la izquierda francesa había estado históricamente arruinada por una adhesión a «doctrinas revolucionarias», con poca experiencia compensatoria de las libertades anglosajonas. Durante el transcurso del siglo XIX, las tradiciones republicanas posteriores a 1789 habían continuado en formas marxianas, facilitadas por el solapamiento de ambas entre las décadas de 1860 y 1930. Por la otra, Judt decía a sus lectores que las «actitudes coherentemente críticas hacia el capitalismo» solamente habían arraigado en la izquierda francesa después de 1945, aunque felizmente «su hegemonía ha sido breve; en la década de 1980 de nuevo ya no es un requisito para la izquierda condenar el beneficio, la explotación económica y la riqueza», como había demostrado la presidencia de Mitterrand¹³.

¹¹ *Ibid.*, p. 292.

¹² T. Judt, *Marxism and the French Left*, cit., p. 170.

¹³ *Ibid.*, p. 10.

La explicación que Judt ofrecía con aplomo en sus primeros trabajos sobre la persistencia de la tradición revolucionaria, se invierte en *Marxism and the French Left* con el mismo aplomo y sin una palabra de explicación. En 1979, *Socialism in Provence* había descrito a la Francia del siglo XIX como una sociedad económicamente atrasada con un Estado precozmente desarrollado. En 1986 *Marxism and the French Left* la presentaba como una sociedad económicamente desarrollada con un atrasado Estado intransigente:

Francia era una sociedad industrial con todas las características del paisaje industrial; grandes conurbaciones (Lille-Roubaix-Tourcoing, St Etienne), ciudades de rápido crecimiento (París desde luego, pero también Marsella, que pasó de 185.00 a 315.00 habitantes durante el reinado de Napoleón III), y con flagrantes extremos de riqueza y pobreza¹⁴.

Al ascender a la Francia de mediados del siglo XIX al rango de sociedad plenamente industrializada, Judt contradecía directamente su explicación anterior de que la fuerza del socialismo francés se debía a su anclaje en la tierra preindustrial. Sin mencionar esto en absoluto, ahora ofrecía una nueva explicación sobre la persistencia de la tradición revolucionaria: el carácter represivo del Segundo Imperio. Después de la masacre de los trabajadores en 1848, el movimiento obrero francés dejó de ver al Estado como un árbitro neutral de los conflictos de clase y pasó a considerarlo un instrumento que «siempre sería utilizado a expensas de la población trabajadora». Así, los franceses nunca habían experimentado «esa liberalización política que después de 1848 tanto desconcertó a observadores y protagonistas en otros países»¹⁵.

El capítulo de *Marxism and the French Left* sobre la experiencia de entreguerras de la SFIO reformula igualmente, sin explicación, el anterior análisis de Judt en *La Reconstruction du Parti Socialiste*. Incluso después de la escisión en el Congreso de Tours, donde el PCF arrastró a la mayoría de los miembros de la clase obrera industrial dejando a la SFIO como un partido interclasista regional, los dirigentes socialistas continuaban haciendo hincapié en la agitación extraparlamentaria: «Para Blum, casi tanto como para la izquierda del partido, las elecciones eran un medio para extender la palabra socialista, y solo secundariamente servían para elegir miembros para el parlamento, o incluso para un ayuntamiento local». Mientras que anteriormente Judt sugería que las razones del fracaso de la SFIO para convertirse en un partido socialdemócrata responsable se encontraban en la existencia del PCF, ahora sostenía que tanto la SFIO como el PCF estaban enraizados en una cultura política común, contaminada por «la doctrina revolucionaria». Mucho más en línea con el pensamiento de Furet¹⁶.

¹⁴ *Ibid.*, p. 33.

¹⁵ *Ibid.*, p. 96.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 149, 158-160.

El análisis de la escena intelectual de la posguerra que hace *Marxism and the French Left* –la primera puñalada de Judt a Sartre– estaba extrañamente emparedado entre este capítulo sobre la SFIO y otro sobre Mitterrand. En él se pregunta por qué el marxismo francés, atrasado en comparación a sus homólogos alemanes e italianos hasta la década de 1930, había florecido en el periodo de la posguerra y después se había desmoronado. Para Judt este arco reflejaba la fuerza política del PCF, cuyo atractivo para la intelectualidad reflejaba simplemente el prestigio de Stalin. «Como teoría de la política radical», declaraba, «el marxismo murió con Stalin»¹⁷. Este argumento no supera un elemental test cronológico: los dos mayores productos del marxismo francés del periodo de la posguerra, *La crítica de la razón dialéctica* de Sartre y *Para leer el capital* de Althusser, fueron publicados en 1960 y 1968 respectivamente¹⁸. Como historia intelectual, *Marxism and the French Left* era un material rudimentario y de mala calidad, sobre todo por la incesante intención polémica de Judt; comunismo, marxismo y estalinismo, como era de esperar, se presentaban como términos intercambiables. Judt no hacía ningún intento por reconstruir las ideas de los pensadores franceses de la posguerra, en vez de ello, alardeaba del hecho de que había sido «selectivo» en su tratamiento y de que su enfoque había sido el de negarles cualquier «autonomía intelectual»; ¿por qué alguien se iba a tomar a Sartre, por ejemplo, «muy en serio»?¹⁹. Con códigos de actuación como este no sorprende que el relato de Judt no solo estuviera plagado de esperpentos de la Guerra Fría –Sartre y Beauvoir haciendo una «contribución diaria» a la esclavización de los Estados satélite– sino de extraordinarios disparates filológicos: Althusser, un crítico radical de Hegel metamorfoseado en un «hegeliano apasionado»; Régis Debray etiquetado como un colega intelectual de Lévy y Glucksmann y teórico del «totalitarismo», al contrario de su conocido desprecio tanto de ambos *nouveaux philosophes* como de sus teorías²⁰.

Desde luego, *Marxism and the French Left* tenía un final feliz. Judt se deshacía en elogios sobre lo que él llamaba «la revolución electoral de Mitterrand de 1981»: después de más de un siglo, la política francesa finalmente había sido normalizada. El nuevo Partido Socialista había escapado de sus guetos de clase, regionales y religiosos; convertido en una responsable fuerza reformista, la única tarea que le quedaba era «adquirir la cultura política de un partido de gobierno» como los socialdemócratas suecos o austriacos. La victoria de Mitterrand era «un gran punto de inflexión en la historia política francesa, de un significado cualitativamente superior a

¹⁷ *Ibid.*, p. 236.

¹⁸ De manera más general, se podría sostener que, como otras formas del marxismo occidental, el pensamiento francés de izquierda en este periodo se desarrolló en un contexto en el que los partidos comunistas oficiales parecían cada vez más incapaces, o no dispuestos, a actuar; los principales conceptos de esta tradición –reificación, serialidad, interpelación– estaban dirigidos a explicar la reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

¹⁹ T. Judt, *Marxism and the French Left*, cit., p. 15.

²⁰ *Ibid.*, pp. 198, 229.

cualquier acontecimiento hasta la fecha»; «para los socialistas, 1981 era su mejor momento». Mitterrand y su partido no solo «habían transformado la política nacional en Francia», sino que habían desvinculado a la izquierda del «internacionalismo y antimilitarismo», y ahora se podía confiar en ellos para la «defensa»²¹.

El historiador francés

El primer ciclo de trabajo de Judt, centrado en Francia, llega a un término con *Marxism and the French Left*. ¿Cómo hay que valorarlo? Historiográficamente, el argumento de *Socialism in Provence* es evidentemente superior a su sucesor. La industrialización francesa era relativamente lenta en el siglo XIX; tenía un gran sector artesano y campesino que en 1945 todavía representaba casi a la mitad de la población; sin embargo, ya en 1848 había introducido el sufragio universal para los varones. Pero semejante relato, vinculando la conciencia política con la estructura de clase, planteaba un problema para Judt: era demasiado marxiano. De hecho, su incomodidad con él estaba clara incluso en *Socialism in Provence*, donde después de establecer cuidadosamente el vínculo entre los intereses económicos de los campesinos y la aparición del socialismo, repentinamente lo abandonaba para abrazar una explicación cultural del continuo atractivo del movimiento. Cualquiera que fuera el riesgo de incoherencia conceptual, el cambio era realmente una clase de *cordon sanitaire* historiográfico que protegía a la Francia del siglo XX de un análisis de clase.

Sin embargo, a pesar de las limitaciones y esterilizaciones que incorporaba, el intento de *Socialism in Provence* por vincular la política con los intereses de clase estaba más allá del límite aceptable a mediados de la década de 1980, cuando Furet y sus seguidores habían hegemonizado el campo. Fue esto, más que cualquier problema intelectual subyacente, lo que sin duda explica la tácitamente revisada interpretación de *Marxism and the French Left*, tan radicalmente en desacuerdo con su obra anterior. Sin embargo la premisa central sobre la que descansaba esta nueva versión, el carácter políticamente atrasado de la sociedad francesa de finales del siglo XIX, es a todas luces falsa. Judt intentaba asimilar dentro del mismo grupo a los Estados francés, italiano y español del periodo²², pero distorsionaba sus respectivas historias políticas. El sufragio universal del varón, por ejemplo, no llegó a Italia hasta 1922, o a España hasta 1931: en Francia quedó definitivamente establecido en la década de 1880. Todavía tiene mayor importancia el que Francia hubiera creado instituciones nacionales representativas a finales del siglo XIX, a diferencia de cualquier otro Estado grande del continente europeo.

²¹ *Ibid.*, pp. 296, 290, 295.

²² *Ibid.*, p. 11.

Si Judt no conseguía proporcionar una convincente explicación historiográfica del atractivo del marxismo para una capa significativa de los trabajadores, campesinos e intelectuales franceses, ¿qué se puede decir de su segundo argumento, de que su debilidad por los preceptos *marxisant* era la responsable de la falta de éxito político de la izquierda francesa durante la mayor parte del siglo xx? Aquí los temas son complejos, y el pensamiento de Judt está lejos de ser consistente. La claridad requiere en primer lugar definir qué significa el «éxito», y para Judt esto era algo suficientemente obvio: una socialdemocracia «normal». Pero no está claro, desde un punto de vista estrictamente histórico, por qué debería ser este el criterio. La tesis doctoral de Judt sirve de ejemplo del problema. Uno de los puntos fuertes de *La Reconstruction du Parti Socialiste* era su documentación del amplio compromiso ideológico de la SFIO con el socialismo revolucionario; el propio Blum en la década de 1920 sostenía que «una impersonal dictadura del proletariado» era una necesidad absoluta. Pero en este caso, la cuestión histórica no es por qué la SFIO no pudo actuar como un partido socialdemócrata reformista, sino más bien por qué fracasó la SFIO en estar a la altura del entendimiento que tenía de sí misma y actuar como un partido revolucionario. Judt había señalado este problema en su primer libro, admitiendo que en la década de 1920, un programa de transformación revolucionaria «no carecía de verosimilitud»; pero de modo característico desechaba esta línea de razonamiento sobre la base de que incluso hacerse semejante pregunta sería aplicar un criterio «lógico» más que histórico²³. Desde luego, historiográficamente el caso era el contrario: el propio Judt estaba aplicando un criterio «lógico», abstracto, al juzgar a la SFIO de entreguerras desde la perspectiva de una socialdemocracia de la posguerra.

El desenlace político de toda una década de compromiso de Judt con la historia de la izquierda francesa fue su celebración de la era Mitterrand. Pero también aquí su análisis se demostraba endeble. De acuerdo con sus (contradictorios) argumentos, la «normalización» de la política francesa en la década de 1980, con la victoria de Mitterrand y la eliminación del PCF como fuerza electoral, debería haber conducido por fin a una socialdemocracia real. En realidad, el legado de Mitterrand fue la introducción de una versión gala del neoliberalismo thatcheriano, y a partir de 1990, el abandono del último vestigio gaullista en la política exterior para participar plenamente en el nuevo orden atlántico. Sin embargo, si los trabajos de Judt en los viñedos de la historia francesa habían producido decrecientes recompensas historiográficas o analíticas, su orientación hacia los métodos de Furet y sus discípulos tuvo un papel decisivo para ampliar sus horizontes como polemista pro-occidental. Fácilmente encontró en el «giro ético», de moda en el París de finales de la Guerra Fría, una posición teórica y un tono sentencioso que casaba perfectamente con los sermones anticomunistas. Así, en *Marxism and the French Left* explicaba:

²³ T. Judt, *La Reconstruction du Parti Socialiste*, cit., pp. 88, 82, 91.

Ser socialista en la actualidad es encontrarse uno mismo entre dos posiciones. O bien estás a favor de un *proyecto moral* generalizado que se reafirma a sí mismo en un desafío consciente de las prioridades capitalistas (relacionadas con el interés), o bien tienes que argumentar desde una serie de premisas, establecidas o de otro tipo que todavía se describen de la mejor manera como «marxismo», y que suponen un compromiso firme con ciertas proposiciones sobre la duración y las propiedades autodestructivas del capitalismo²⁴.

Judt continuaba lamentando que «la falta de voluntad de la mayoría de los socialistas en Francia para pensar en sí mismos como comprometidos en un proyecto de una clase esencialmente indeterminada y parcial, es lo que les impide adoptar la primera de estas dos posiciones». La segunda –cualquier teoría del capitalismo como un sistema con sus propias leyes de movimiento– conducía directamente a un comunismo totalitario al estilo soviético²⁵.

2. MANHATTAN

A finales de la década de 1980, aparentemente aburrido de la historia francesa (y de su mujer)²⁶, Judt siguió el sendero mostrado por Timothy Garton Ash y muchos otros en Europa del Este. La diplomacia de Gorbachov había eliminado cualquier obstáculo para el turismo humanitario y la región estaba ahora penetrada a fondo por misioneros de la CEE y del FMI-Banco Mundial. Un curso intensivo en Chequia y sus encuentros con Michnik, Havel y Kis, le equiparon para presentar sus credenciales en Washington en 1987, en forma de una conferencia en el Wilson Center: «The Politics of Impotence?». Desde la ventajosa posición de 2009, Judt explicaría su elección de Checoslovaquia como destino en *Mittleuropa* en términos de su crispado estereotipo nacional-cultural: «Ese distintivo sentido polaco (o ruso) de grandeza cultural era precisamente lo que yo quería circunnavegar, prefiriendo las cualidades distintivamente checas de la duda, la inseguridad cultural y la escéptica burla de uno mismo»²⁷. Sin embargo, en su momento, su justificación había sido exactamente la contraria: en 1987 Judt sugería que para los checoslovacos, «el gran objetivo de la producción intelectual era dar testimonio moral». Liberados por la fuerza de las circunstancias de cualquier compromiso político concreto –como trataba de indicar la irónica interrogación del título–, los intelectuales como Havel respondían a una «responsabilidad moral» más elevada, como Judt había dicho a los socialistas franceses que hicieran. «The Politics of Impotence?» manifestaba que, desde 1968 el marxismo opositor en Europa del Este había sido sustituido por un saludable enfoque sobre los «derechos». No obstante, advertía, «en la medida en que el socialismo está asociado con una variedad de

²⁴ T. Judt, *Marxism and the French Left*, cit., p. 298 (cursiva añadida).

²⁵ *Ibid.*, p. 298.

²⁶ T. Judt, *Memory Chalet*, Nueva York, 2010, pp. 165-172.

²⁷ *Ibid.*, p. 171. Desde luego habría que tener en cuenta la menguante salud del autor a partir de 2008.

sistemas y garantías de prestaciones sociales, un “regreso” al capitalismo no estaría favorablemente considerado por la mayoría de la gente.²⁸

El traslado de Judt al Instituto Francés de la Universidad de Nueva York se produjo ese mismo año, 1987. Poco después obtuvo un legado de 20 millones de dólares de Paulette Goddard, un personaje de ochenta años de la sociedad de Manhattan, antigua estrella de la revista musical *Ziegfeld Follies*, que había acumulado una fortuna en el transcurso de varios matrimonios (Charlie Chaplin, Burgess «The Penguin» Meredith, Erich Maria Remarque). A finales de la década de 1990 abriría sus puertas el Instituto Remarque de la Universidad de Nueva York bajo la dirección de Judt²⁹. Entretanto, produjo una nueva reelaboración de sus pensamiento sobre los intelectuales franceses de la posguerra: publicado en 1933, *Past Imperfect: French Intellectuals 1944-1956* fue fríamente recibido por los especialistas pero cosechó aduladoras críticas para el director del Instituto Remarque en los mercados de poder y prestigio del mundo académico estadounidense; también proporcionó a Judt su primer encargo para *New York Review of Books*³⁰.

Regresar de nuevo al tema de la *rive gauche* de la posguerra hubiera parecido estar espoleando a un caballo muerto, especialmente ahora que la Guerra Fría había acabado. Pero parece que Judt sentía que *Marxism and the French Left* se había ocupado de Sartre y de sus contemporáneos demasiado en términos de la política francesa. Ahora –y sin que hicieran falta nuevas interpretaciones– fustigaría sus trayectorias en la lucha global de la libertad contra el comunismo con mayor profundidad, enarbolando conceptos más elevados aunque todavía mal definidos: justicia, responsabilidad, moral y ética. El Muro de Berlín había caído, pero todavía había que extirpar cualquier huella restante de ideas de izquierda. En Francia, desde finales de la década de 1970 se había ido acumulando una feroz literatura anti-Sartre, pero poca había aparecido en inglés. Asignándose el papel de valeroso moralista, Judt recicló sus tropos –ante todo que Sartre y Beauvoir habían sido apologistas del estalinismo– mientras rechazaba cualquier simple «relato historicista neutral»: «Al buscar explicar algo que es intrínsecamente poco atractivo, a lo que el lector respondería normalmente con desagrado, no se puede eludir la obligación de ser exacto, pero tampoco se está obligado a pretender ser neutral»³¹.

²⁸ T. Judt, «The Politics of Impotence?», en T. Judt et al. (eds.), *Debating the Nature of Dissent in Eastern Europe*, Washington, 1987, pp. 38, 6-7, 13.

²⁹ Como presumiría Judt en su última entrevista: «Cuando expliqué, en un almuerzo en el St John's College de Cambridge, cómo funcionaba el Instituto Remarque, el dinero del que disponíamos y lo libre que era para gastarlo como quisiera, podías ver cómo iban enmudeciendo...». *Prospect*, julio de 2010.

³⁰ T. Judt, *Past Imperfect: French Intellectuals, 1944-1956*, Berkeley, 1992. «Cualquiera que esté interesado por la historia de los intelectuales franceses del siglo xx se sumergirá en *Past Imperfect* con constante atención»: Robert Wohl, *Journal of Modern History*, 1995; «Innegable fuerza e importancia»: David Schalk, *American Historical Review*, 1994. Una crítica mejor informada la hace Carlin Romano en *The Nation*, 26 de abril de 1993.

³¹ T. Judt, *Past Imperfect*, cit., pp. 7-8.

Aquí, todavía más abiertamente que en su obra anterior, Judt desdeñaba cualquier discusión seria sobre el pensamiento de los sujetos de su estudio: «este libro no es una historia de las ideas ni una historia social de los intelectuales franceses», trata sobre «la señalada ausencia en Francia de una preocupación por una ética pública o por una moralidad política»; algo que Judt –antes de que el lector tuviera tiempo de mencionar *Les mains sales*– rápidamente traducía como: «por qué la respuesta francesa al totalitarismo era diferente a la de los intelectuales de otros lugares»³². Aunque se presentaba como un ejercicio de «una peculiar tradición anglosajona de historia intelectual», el resultado no tenía nada que ver con la Escuela de Cambridge y se aproximaba más a una contribución póstuma a la literatura del Congreso por la Libertad Cultural. Judt procedía principalmente por medio de la afirmación indocumentada, de la contribución anónima o de la asimilación conjuntiva, por ejemplo: «A la vista de toda esta evidencia, ¿cómo podía un apersona inteligente defender deliberadamente al comunismo como la esperanza del futuro, y a Stalin como la solución a la adivinanza de la historia?»; como si cualquier crítico convencido del capitalismo necesariamente también fuera un devoto de Stalin.

Los textos reales de Sartre sobre la Unión Soviética –las críticas del estalinismo en *Qué es la literatura*, la condena de los campos de concentración y de la invasión de Hungría en *Les Tempes modernes*– simplemente se ignoran. Judt dice que «el pensamiento filosófico de Sartre durante la década de 1930 y principios de la siguiente estaba totalmente falto de implicaciones políticas y sociales», (*¿Diarios de guerra?, ¿El ser y la nada?*). «Las opiniones contemporáneas de Sartre excluían cualquier atención a cuestiones de ética o moral» (*¿San Genet?, ¿Cuadernos para una Ética?*). «La tradición radical francesa estaba dominada por una combinación de premisas republicanas y de proyecciones marxistas, combinando las capacidades del Estado y los intereses del individuo» (*¿pero no estaba fundado el existencialismo en la idea de la radical libertad individual?*). «Una característica muy especial del estilo de pensamiento francés ha sido el énfasis sobre la “totalidad”, o el absoluto» (*¿a diferencia de los alemanes?*). Hay un «desagrado por la duda intelectual, por la incertidumbre o el escepticismo» típicamente galo (*¿Descartes?*)³³.

El principal argumento de *Past Imperfect*, incansablemente reiterado, era que los intelectuales de la izquierda francesa de este periodo carecían de «cualquier ideal común de justicia», aunque Judt también señalaba en un momento que en Francia como conjunto tampoco había ningún «consenso sobre la justicia» y realmente él no ofrecía ninguna conceptualización propia³⁴. El resultado de este vacío moral, concluía, era el debilitamiento del propio liberalismo francés:

³² *Ibid.*, p. 10.

³³ *Ibid.*, pp. 3, 80-81, 241. T. Judt, *Marxism and the French Left*, cit., p. 174.

³⁴ T. Judt, *Past Imperfect*, cit., pp. 74, 145-146.

Lo que faltaba en el lenguaje político de la Francia contemporánea eran las premisas centrales, los bloques constituyentes de una visión política liberal [...] La suposición liberal de un necesario y deseable espacio entre el individuo y el colectivo, entre lo privado y lo público, entre la sociedad y el Estado estaba totalmente ausente³⁵.

Con cualquier criterio, Tocqueville, Constant y Guizot aparecerían como «bloques constituyentes» del liberalismo francés bastante importantes, constituyendo una tradición más rica que la de Gran Bretaña en el siglo XIX, que produjo poco más que a Mill. Pero lo que Judt lamentaba era la ausencia de una «visión política» liberal, no de una tradición teórica. Como la izquierda francesa, el liberalismo en el Hexágono desafortunadamente también había «historizado» la idea moral de los derechos, identificándolos con 1789. En resumen, los liberales franceses no supieron entender que el liberalismo «no trata de alguna clase de proyecto liberal para la sociedad: trata de una sociedad en la que el desorden y la transparencia de la política excluyen la aplicación de proyectos a gran escala, por muy racionales e ideales que puedan ser»³⁶. El «generalizado proyecto moral» que Judt había ensalzado siete años antes en *Marxism and the French Left* —un proyecto de un tipo esencialmente indeterminado y parcial— se abandonaba sin más ceremonias en *Past Imperfect*. Ahora los proyectos quedaban fuera, ahora solamente tenía valor la «visión» moral³⁷. (De hecho en esta etapa Judt también parecía haber abandonado la socialdemocracia, prefiriendo hablar de un «liberalismo» más inclusivo.)

La configuración intelectual en Francia a principios de la década de 1990 era, desde luego, lo auténticamente opuesto a la representación que había hecho Judt de ella. El liberalismo de Furet y compañía era incuestionablemente la ideología dominante del periodo. En una ridícula inversión, Judt lo describía como el pensamiento solitario y marginal de una minúscula minoría, permitiéndole ofrecer su propio libro, completamente convencional, como una contribución —tácitamente valerosa— a la heterodoxia que se unía a la de esa minoría³⁸. Pero políticamente, *Past Imperfect* sugería que de la misma manera que, incluso después de Mitterrand, la socialdemocracia francesa nunca pudo alcanzar el nivel de la británica o nórdica, en el siglo XIX los liberales franceses fueron «incapaces de comprometerse a sí mismos con el individualismo utilitario o ético de sus contemporáneos británicos», e incluso actualmente, «pocos pensadores en Francia han emprendido hasta la fecha la tarea de construir un vocabulario moral para la política liberal, una ética, por así decirlo, de la democracia»³⁹. Incluso con el PCF desterrado en la marginalidad, Francia seguía siendo insuficientemente anglosajona.

³⁵ *Ibid.*, p. 241.

³⁶ *Ibid.*, pp. 235-239, 240, 315.

³⁷ T. Judt, *Marxism and the French Left*, cit., p. 298; *Past Imperfect*, p. 315.

³⁸ T. Judt, *Past Imperfect*, p. 315.

³⁹ *Ibid.*, pp. 240, 316.

Panteón

El siguiente libro de Judt regresaba al tema de los intelectuales franceses, esta vez centrándose no en sus villanos sino en sus héroes. En 1998 aparecía *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century*, dedicado bastante apropiadamente a la memoria de François Furet. Una vez más, Judt prestaba poca atención a las ideas de sus personajes: de acuerdo con *The Burden of Responsibility*, Blum no hizo ninguna contribución a la teoría socialista, Camus era apolítico, Aron sobrevaloraba la filosofía⁴⁰. Judt explicaba que se trataba de un estudio sobre la «responsabilidad» política, al contrario que el análisis de la «irresponsabilidad» política de su libro anterior. Sus tres ejemplos, Blum, Camus y Aron, se opusieron con firmeza «a las tres formas entrecruzadas de irresponsabilidad», política, moral e intelectual que «dieron forma a la vida pública francesa desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta mediados de la década de 1970». De hecho, la irresponsabilidad de los intelectuales franceses se había extendido considerablemente desde *Past Imperfect*, cuando por lo menos, según Judt, se veían a sí mismos como responsables ante la historia ya que no frente a otra gente⁴¹. ¿Pero qué significaban realmente estos dos términos opuestos? *The Burden of Responsibility* responde con una tautología que claramente sirve de poco y define la «irresponsabilidad» como «la propensión en diversas esferas de la vida pública a desatender o abandonar la responsabilidad intelectual moral o política». Judt aclara: «Además de las cualidades de coraje e integridad, Blum, Aron y Camus tienen algo más en común. Todos eran anticomunistas»⁴². Como lacónicamente señalaba la crítica de *Past Imperfect* que aparecía en *New York Times*, la idea de Judt sobre un intelectual responsable era simplemente la de alguien cuyas opiniones compartía⁴³.

Si Judt no tenía ninguna dificultad para establecer la «absoluta claridad sobre la cuestión comunista» de su trío protagonista, por otro lado minimizaba sistemáticamente su complicidad con el imperialismo⁴⁴. Sin embargo, en

⁴⁰ T. Judt, *The Burden of Responsibility: Blum, Camus, Aron and the French Twentieth Century*, Chicago, 1998, pp. 53, 104, 170-172.

⁴¹ T. Judt, *Past Imperfect*, pp. 22, 121.

⁴² T. Judt, *The Burden of Responsibility*, cit., pp. 20, 22.

⁴³ *New York Times*, 10 de enero de 1993; véase John Sturrock, *The Word from Paris*, Londres, 1998, p. 12. Además de por su anticomunismo, elogiaba a Blum y Aron por su sionismo y anglofilia. La traición de Blum a la República española se dejaba de lado, ya que «estaba realmente limitado» por Gran Bretaña, de cuyo sistema de gobierno era un «fervente admirador». La ocasional debilidad de Aron por la pretensiones filosóficas galas se redimía por su compromiso con la «Escuela inglesa o angloamericana de pensamiento político»; *Burden of Responsibility*, cit., pp. 47; 145-147.

⁴⁴ En *Past Imperfect* la oposición a la Guerra de Argelia ya se había reducido a poco más que a una «aventura» para la intelectualidad, y se acusaba al anticolonialismo de simplificar una cuestión compleja presentándola como «una directa elección moral». T. Judt, *Past Imperfect*, cit., pp. 287, 283. Pero esa elección era precisamente lo que Judt exigía respecto al socialismo de Estado.

1914 el primer acto de Blum como *chef de cabinet* en el gobierno de la *Union Sacrée* fue traicionar la solemne promesa que habían hecho los socialistas de no participar en la carnicería mutua de la Primera Guerra Mundial. En 1925, en el momento álgido de la guerra colonial en el Rif, informaba a la Asamblea Nacional de que «para las que se conocen como razas superiores era no solo un derecho sino un deber el atraer hacia ellas a las razas que no han alcanzado el mismo grado de cultura y de civilización». Convertido de nuevo en primer ministro en diciembre de 1954, cuatro semanas después del bombardeo de Haiphong que desencadenaría la guerra francesa en Indochina, Blum explicaba que la misión colonial francesa «no estaba todavía cumplida». Camus, que prácticamente no dijo nada sobre la guerra en Indochina, fue desechado incluso por Aron como poco más que un «colono bienintencionado» en Argelia⁴⁵. Tanto Camus como Aron aprobaron en 1956 la agresión anglo-francesa-israelí contra Egipto, Aron advirtiendo contra el «Führer del Nilo» y Camus contra la amenaza de un «imperialismo árabe» respaldado por los soviéticos. El propio Aron respaldó tanto la guerra francesa como la estadounidense en Indochina, y se opuso a la guerra en Argelia no por motivos éticos sino porque la misión civilizadora francesa, por muy loable que fuera en sí misma, «sería insosteniblemente cara»⁴⁶. Cuando se le preguntó por qué no había hablado nunca en contra de las torturas francesas en Argelia, Aron replicó que nunca había oído a nadie hablar a favor de la tortura, así que ¿qué sentido tenía hacerlo? Judt parece quedarse perfectamente satisfecho con este ejemplo de responsabilidad moral cuya lógica es que nunca se había mencionado la necesidad del tema.

Una alusión a la clásica discusión de Weber sobre la ética de la responsabilidad sirve de ejemplo de la tenue comprensión que tenía Judt de los complejos temas que plantea este término tan cargado de connotaciones. «El cálculo weberiano», como lo glosaba, suponía «el sentido de que podemos comportarnos responsablemente sin hacer compromisos partidistas; o bien que un compromiso partidista puede bajo determinadas circunstancias ser la opción responsable»⁴⁷. La perspectiva real de Weber era bastante diferente. Para el gran sociólogo, la ética de la responsabilidad estaba personificada por el actor político que tomaba la responsabilidad del uso de la «legítima violencia». En «La política como vocación» advertía que «quienquiera que se suscribe a los medios violentos —y todos los políticos lo hacen— queda expuesto a sus específicas consecuencias». En última instancia, la figura política se enfrentaba a la elección entre una forma u otra de usar la violencia, sin una norma adecuada para discriminar entre ellas; actuar políticamente requería una absoluta convicción en la justicia de la causa propia, para así trascender el abismo entre los medio y los fines po-

⁴⁵ T. Judt, *Burden of Responsibility*, cit., p. 95.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 166. En otras partes Judt había escrito con calma sobre el «rechazo a la violencia» de Camus: T. Judt, «The Best Man in France», *NYRB*, 6 de octubre de 1994.

⁴⁷ T. Judt, *Burden of Responsibility*, cit., p. 145.

líticos. Una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad no estaban «de ninguna manera en contraste, sino que más bien se complementaban»⁴⁸. Realmente, el concepto de Weber de la responsabilidad política no estaba muy alejado de la perspectiva de Sartre, un hecho que naturalmente Judt ignoraba. Como señalaba Sartre en su largo ensayo en *Les Temps modernes*, tras la revolución húngara:

En el peor de los casos, la asunción de una posición moral oculta el funcionamiento de un político; en el mejor no afecta a los hechos y el moralista no refleja lo esencial. Pero cualquier clase de política es una acción emprendida en común con ciertos hombres en contra de otros⁴⁹.

Tanto Sartre como Weber rechazaron la confortable posición del moralista porque eran conscientes de la tensión entre ética y política y no intentaron oscurecerla con grandilocuentes lugares comunes.

3. EUROPA

A mediados de la década de 1990, *New York Review of Books* estaba ofreciendo a Judt una plataforma más importante, como divulgador y comentarista, que la que podía proporcionar el trabajo académico. Después de su primera aparición en ella, en agosto de 1993, haciendo la crítica de un libro sobre la suerte de los judíos franceses bajo el régimen de Vichy, Judt se convirtió en un elemento fijo de la revista contribuyendo con tres o cuatro artículos al año durante la década siguiente. Finalmente rivalizaría e incluso superaría a Garton Ash e Ian Buruma como cuasi-editorialista, hablando no solo de Francia sino también de Europa del Este, de las lecciones de la Guerra Fría y del destino de Occidente en general. El año 1933 también asistió a su primera contribución a *The New Republic*: un ataque sobre Althusser, «el estrangulador de París». Pronto se uniría al comité de redacción de la revista⁵⁰. La postura que Judt había desarrollado en el transcurso de sus asaltos sobre la izquierda francesa –cerrando la vanguardia del *establishment* liberal, al mismo tiempo que se presentaba a sí mismo como una valerosa excepción, una solitaria voz moral– le vino muy bien dentro de este campo más amplio. En 1995-1996, cuando Clinton y Albright apartaron a un lado a Kohl y a Mitterrand para golpear juntos cabezas exyugoslavas, Judt lamentó el fracaso de los dirigentes europeos. En 1997, cuando los profetas de la Tercera Vía se acomodaron en Downing Street, hizo un llamamiento para un nuevo programa social-liberal. Alabó la «firme y honorable» posición de Blair sobre Kosovo y apoyó los Acuer-

⁴⁸ Véase *Max Weber: Essays in Sociology*, Hans Gerth (ed.), Oxford, 1958.

⁴⁹ Jean-Paul Sartre, *Situations VII*, París, 1965, p. 147.

⁵⁰ El anticomunismo continuó siendo un tema estacado: «era la cualidad palpablemente maligna del Gran Experimento Socialista», opinaba, «la que lo hacía tan irresistible para hombres y mujeres de buena voluntad en busca de una Causa». T. Judt, «The Information», *The New Republic*, 4 de noviembre de 2002.

dos de Oslo sobre Palestina⁵¹. En *The New Republic* contribuyó en 1997 al simposio «100 años de sionismo» –sosteniendo que el sionismo no debía ser considerado un movimiento etnonacionalista sino un movimiento universalista-ilustrado– y atacó la crítica de Peter Novick sobre la instrumentalización del judeicidio en *The Holocaust in American Life*⁵².

En 2008 Judt publicó una selección de estos escritos en *Reappraisals*, presentándose a sí mismo como un recordatorio para el mundo contemporáneo de las lecciones del «olvidado siglo xx», una obra donde temas tan pasados por alto como la vigilancia contra el comunismo y el reconocimiento del Holocausto tenían un puesto de honor. En su Introducción, Judt lamentaba que el término «intelectual» hubiera llegado a evocar una «estrecha banda de “progresistas” con inclinaciones de izquierda» con Sartre a la cabeza, en vez de su propio panteón: Camus, Koestler y Kołakowski. La loa de Judt hacia este último, en consonancia con su enfoque general de la historia de las ideas, conseguía evitar mencionar la conversión religiosa de Kołakowski, un inconveniente para Judt como severo crítico de Woytila⁵³.

Quizá no sorprenda que durante este periodo la investigación histórica de Judt quedara en segundo plano. Su único libro entre 1993 y 2005 fue un delgado volumen que reunía tres conferencias, dos de ellas ya publicadas en *NYRB*, y que apareció en 1996 como *A Grand illusion? An Essay on Europe*. No se proporcionaba ninguna razón para el paso desde el socialismo francés al tema más amplio y nebuloso de «Europa» como sujeto histórico. En el obituario publicado en *NYRB*, Timothy Snyder –demostrando una sorprendente ignorancia de la trayectoria real de su colega– sugería que «su participación en la edad madura en la vida intelectual de Europa del Este fue la que aceleró la ruptura con el marxismo [*sic*] y le permitió una visión más amplia del continente»⁵⁴. Pero aunque a él le gustaba denominarse como «un europeísta del Este», Judt nunca elaboró ninguna monografía sobre la región; incluso «A Politics of Impotence?» no era más que un documento de trabajo.

El tono político de *A Grand illusion?* era claramente euro-pesimista: «Una Europa verdaderamente unificada es lo suficientemente improbable como para que sea desaconsejable y contraproducente insistir en ella». Las combinación de condiciones excepcionalmente favorables que llevaron adelante la integración europea hasta la década de 1980 no iban a reaparecer:

⁵¹ T. Judt, «Europe: The Grand Illusion», *NYRB*, 11 de julio de 1996; «The Social Question Revivivus», *Foreign Affairs* (septiembre-octubre de 1997); «The Gnome in the Garden», *NYRB*, 19 de julio de 2001.

⁵² T. Judt, «Zionism at 100», *The New Republic*, 8 de septiembre de 1997; «The Morbid Truth», *The New Republic*, 19 de julio de 1999.

⁵³ T. Judt, *Reappraisals*, cit., p. 129.

⁵⁴ Timothy Snyder, «On Tony Judt», *NYRB*, 14 de octubre de 2010. Snyder es co-autor con Judt de una «historia de la vida de la mente en el siglo xx», publicada este año.

Eran transformaciones únicas, irrepetibles. Es decir, probablemente Europa Occidental nunca tenga que volver a recuperarse de treinta años de estancamiento económico, de medio siglo de depresión agraria, o a tener que reconstruirse después de una guerra desastrosa. Tampoco estará unida por la necesidad, o por la coincidencia de la amenaza comunista y del apoyo estadounidense⁵⁵.

La ampliación hacia el Este no se podía producir en los términos concedidos a los Estados miembros existentes, ya que esto requeriría enormes transferencias desde unas economías de Europa Occidental que ya estaban sufriendo un persistente desempleo y un crecimiento lento. Las divergencias económicas entre la dos mitades de Europa, que se remontaban a antes de 1914, constituían un gran obstáculo para la unificación. Además, las lecciones de Yugoslavia –esto se escribía en el momento de los Acuerdos de Dayton– servían de ejemplo «de la debilidad de las iniciativas europeas, de la compulsión por evitar compromisos y de la ausencia de cualquier reconocido interés estratégico colectivo más allá del mantenimiento del *statu quo*». «En su forma más fuerte», concluía Judt, «la idea de Europa ha tenido su momento»⁵⁶.

Cause célèbre

En el periodo del cambio de siglo, las crónicas en *NYRB* y *New Republic* continuaron ocupando gran parte de su tiempo. Su respuesta al 11-S era anunciar que el mundo había cruzado un umbral hacia un nuevo universo político-moral. Se unió inmediatamente a la guerra en Afganistán y organizó en octubre de 2002 una conferencia sobre el tema central de la Guerra contra el Terror y el «antiamericanismo global». Sin embargo, como millones de otras personas, se mostró dudoso sobre los planes de Bush y Cheney para la invasión de Iraq; también sobre la prominencia del programa de asentamientos dentro de la política israelí. En julio de 2002 publicó en *The New Republic* un artículo levemente crítico sobre «colonos intolerantes, ultrarreligiosos y *mizrabi* israelíes anti-árabes». Al año siguiente un artículo suyo en *NYRB*, «Israel: The alternative», provocó un escándalo en Nueva York. Como recordaría Judt, «los rabinos de Riverside formaron piquetes en una conferencia que iba a dar en un instituto local, con los participantes vestidos como prisioneros de un campo de concentración»⁵⁷. Pero el hecho resulta más expresivo del carácter avasallador de la línea dura del sionismo estadounidense que del carácter del artículo de Judt, que reciclaba la venerable idea de una democracia binacional para Israel-Palestina.

Para Judt el proceso de Oslo estaba acabado: «Israel continúa burlándose de su patrón estadounidense, construyendo asentamientos ilegales en general a pesar de la “Hoja de Ruta”». El presidente de Estados Unidos «había sido

⁵⁵ T. Judt, *A Grand Illusion? An Essay on Europe*, Nueva York, 1996, pp. viii, 33.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 92-97, 60, 137, 128.

⁵⁷ *Prospect*, agosto de 2010.

reducido a la marioneta del ventrílocuo, recitando penosamente la política del gabinete israelí: “todo era culpa de Arafat”. Los árabes palestinos «acorrallados en bantustanes» sobrevivían gracias a las limosnas europeas. Sharon, Arafat y un puñado de terroristas, todos ellos podían «proclamar la victoria». Alejándose de su afirmación anterior de que el sionismo había sido un movimiento universalista, lo calificaba de típico movimiento etnonacionalista del siglo XIX, y como tal, un anacronismo «en un mundo que ha avanzado, un mundo de derechos individuales, fronteras abiertas y ley internacional». Habida cuenta de la tendencia demográfica hacia una mayoría palestina en el «gran Israel», el país tenía que elegir ahora entre ser un Estado etnorreligioso no democrático, con una creciente mayoría de no-judíos sin voto, o una democracia secular multicultural, multiétnica. Israel ya era «una sociedad multicultural en todo menos en el nombre», aunque clasificara a sus ciudadanos de acuerdo con criterios etnorreligiosos. Además, «el comportamiento de Israel ha sido un desastre para la política exterior estadounidense»; «el incondicional apoyo de Washington a Israel, incluso a pesar de (silenciosos) recelos, es la razón principal por la que la mayor parte del mundo no da crédito a nuestra buena voluntad»:

Aquellos que están en posición de saber, admiten tácitamente que las razones de Estados Unidos para ir a la guerra en Iraq no fueron necesariamente las que se manifestaron en su momento. Para muchas personas de la actual Administración estadounidense, un factor importante era la necesidad de desestabilizar y luego reconstruir Oriente Medio de una manera favorable para Israel⁵⁸.

Anteriormente la existencia del Estado de Israel había permitido a los judíos «andar con la cabeza alta», sin embargo ahora, sin que se especifique dónde está el punto de no retorno, su comportamiento dejaba a los judíos no israelíes «expuestos a la crítica y vulnerables a ser atacados por cosas que ellos no habían hecho»; «la deprimente verdad es que Israel en la actualidad es nocivo para los judíos». La situación había corroído el debate interior en Estados Unidos: «En vez de pensar directamente con claridad sobre Oriente Medio, los políticos y expertos estadounidenses difaman a nuestros aliados europeos cuando disienten, hablan con mucha palabrería e irresponsablemente sobre un resurgimiento del antisemitismo cuando se critica a Israel, y reprenden con vigor a cualquier personaje público en casa que trate de separarse del consenso»; Judt aparentemente olvidaba su propia y vigorosa reprimenda a Novick unos años antes. El radical cambio de opinión sobre Israel condujo a su expulsión del consejo editorial de *The New Republic*, y a una virulenta réplica de su antiguo amigo Leon Wieseltier que señalaba con bastante exactitud que la idea de la solución de un solo Estado, lejos de requerir «pensar lo impensable», como Judt había escrito, era una idea tan vieja como el propio conflicto palestino⁵⁹.

⁵⁸ T. Judt, «Israel: The Alternative», *NYRB*, 23 de octubre de 2003.

⁵⁹ L. Wieseltier, «Israel, Palestine and the Return of the Bi-National Fantasy», *TNR*, 27 de octubre de 2003.

Judt no incluyó el artículo sobre Israel en su recopilación de *Reappraisals* y apenas parece haber abordado de nuevo la solución de un solo Estado. Pero un insensato intervencionismo neoconservador y la tosquedad del ala derecha del sionismo estadounidense le habían amargado sobre la sociedad de la que ahora era un ciudadano. A comienzos de 2005, *NYRB* publicó «The Good Society: Europe vs America», que favorecía de gran manera a la primera. Unos meses después apareció *Postwar*, sus 900 páginas de la historia de Europa desde 1945. La idea de escribir sobre el periodo 1945-1989 aparentemente le había llegado en diciembre de 1989, un mes después de la caída del Muro de Berlín: «la historia de la Europa de la posguerra necesitaba ser rescrita»; en retrospectiva, la época parecía «un paréntesis de la posguerra, el tema inacabado de un conflicto que había finalizado en 1945 pero cuyo epílogo había durado otro medio siglo»⁶⁰. Finalmente, *Past Imperfect, A Grand Illusion?* y la crítica de libros habían intervenido. Para cuando se escribió el libro, la visión de Europa que tenía Judt había sufrido una drástica revisión.

La Europa ejemplar

En su mayor parte, *Postwar* ofrecía una familiar narrativa del periodo, algo divagante en su estructura y esencialmente enfocada sobre Occidente; la cobertura de Europa del Este hacía principalmente la función de sombrío contrapunto de la melodía principal. Empezando con una investigación sobre el estado de Europa después de la Segunda Guerra Mundial, el libro cubría el comienzo de la Guerra Fría, la llegada de la influencia occidental y el «momento socialdemócrata»; la década de 1960 en el Este y el Oeste; la acelerada integración en la CEE como respuesta a las turbulencias económicas de la década de 1970; el nuevo «realismo» hayekiano de la década de 1980 en sus formas thatcheriana y *mitterrandiste*; Solidarność, Gorbachov y la caída de los regímenes del Comecon en 1989; la reunificación alemana, Maastricht, la ruptura de Yugoslavia y la expansión de la UE. En este largo relato, a menudo bastante apagado, Judt insertaba lo que confesaba que era «una interpretación declaradamente personal»: la Europa de la posguerra había producido no solo las estructuras integradas de la UE, sino un modelo social que representaba un «faro» moral para los miembros aspirantes y un «desafío global» al modo de vida americano. Europa había surgido, en el amanecer del siglo XXI, como un «parangón de las virtudes internacionales»:

una comunidad de valores y un sistema de relaciones interestatales, mantenido por europeos y no europeos, como un ejemplo a emular. En parte esto era la consecuencia de la creciente desilusión por la alternativa americana; pero la reputación estaba bien ganada [...] Ni Estados Unidos ni China tenían un modelo práctico que proponer para la emulación universal. A pesar de los horrores del

⁶⁰ T. Judt, *Postwar: A History of Europe Since 1945*, Nueva York, 2005, p. 2.

pasado reciente –y en gran medida debido a ellos– los europeos estaban ahora excepcionalmente situados para ofrecer al mundo algún modesto consejo sobre cómo evitar repetir sus propios errores. Pocos lo hubieran pronosticado sesenta años antes, pero el siglo XXI todavía podía pertenecer a Europa⁶¹.

El argumento de Judt puede interpretarse como una gran narrativa para la actual eurocracia, análoga a los enaltecedores cuentos nacionales de principios del siglo XX como *Italia in Cammino* de Gioacchino Volpe o *Our Island Story* de Henrietta Marshall. Su propósito parece haber sido producir una síntesis de su ahora-revvida admiración por la socialdemocracia y de sus esperanzas en la UE como una alternativa a los Estados Unidos de Bush. El «modelo social europeo» se convirtió en el nuevo polo de atracción de la política de Judt: más aceptable que los neoconservadores Estados Unidos y menos *passé* que el propio movimiento obrero. Pero el intento de refundir en un ejemplo para el siglo XXI la integración europea, el Estado de bienestar de la posguerra y los logros de los partidos socialdemócratas, acababa en la incoherencia analítica. *Postwar* oscilaba continuamente entre la afirmación de que el «capitalismo del bienestar» era no-partidista, «auténticamente post-ideológico», y la reivindicación de que era una creación esencialmente socialdemócrata. Por un lado, el Estado de bienestar era el resultado de un «profundo anhelo por la normalidad» producto de la era de extremos del periodo de entreguerras y de las lecciones de la Segunda Guerra Mundial. Para la generación de 1945, «la única ruta sensata fuera del abismo parecía ser algún equilibrio viable entre las libertades políticas y la función racional, distributiva, del Estado administrativo». Esto significaba «un amplio consenso para no llevar las divisiones ideológicas o culturales heredadas hasta el punto de la polarización política» y una «ciudadanía des-politizada», rematada por partidos cristianodemócratas con «mentalidad reformadora» y una «izquierda parlamentaria». Por el otro, el capitalismo del bienestar era la «distintiva visión» de la socialdemocracia, que mantenía que la «auténtica mejora en la situación de todas las clases podía obtenerse por medios pacíficos y progresivos»⁶².

Judt recalca la importancia de un partido socialdemócrata para los resultados finales comparando a Escandinavia con Europa del Este. La razón de que Suecia, en particular, no se desarrollara en el periodo entreguerras de la misma manera que «otras sociedades económicamente deprimidas de los márgenes de Europa» estaba en los socialdemócratas. Renunciando al «dogma radical y a las ambiciones revolucionarias», el SAD sueco fue capaz de incorporar a los pequeños propietarios agrícolas y llegar a un acuerdo con el capital sueco en Saltsjöbaden en 1938. De manera más general:

Durante el periodo de entreguerras, los amargados e indigentes campesinos de Europa central y meridional formaban un dispuesto electorado para nazis, fas-

⁶¹ *Ibid.*, pp. xiii; 7-8; 799-800.

⁶² *Ibid.*, pp. 362, 83, 77, 263, 363.

cistas o populistas específicamente agrarios. Pero los granjeros, leñadores, campesinos y pescadores del lejano norte europeo, igualmente atribulados, se volvieron en gran medida hacia los socialdemócratas, que apoyaron activamente las cooperativas agrarias [...] y así desdibujaron la largas distinciones socialistas entre la producción privada y los objetivos colectivistas, entre el campo «atrasado» y la ciudad «moderna», que electoralmente tuvieron tan desastrosas consecuencias en otros países⁶³.

La idea de una socialdemocracia con base en el campesinado como el camino no seguido en la Europa del Este durante el periodo de entreguerras es, desde luego, completamente ahistórica. La agricultura allí estaba profundamente atrasada en ese momento; cuando los levantamientos populares debilitaron a las elites terratenientes, como sucedió en Rumanía, la organización básica de la producción tendió a volver a la agricultura de subsistencia. La economía agraria simplemente no producía los suficientes excedentes para un sostenido impulso modernizador. Esta fue una de las razones de la similitud entre los movimientos políticos modernizadores que hubo allí: liberales, fascistas o comunistas, todos se enfrentaron al problema básico de extraer suficiente excedente del sector agrario para producir una industrialización. La elección en Europa del Este nunca fue realmente entre la socialdemocracia y el leninismo, sino entre regímenes modernizadores estructuralmente similares con diferentes etiquetas ideológicas. La situación de Escandinavia, especialmente la de Suecia, era totalmente diferente: allí existía un importante sector de propietarios agrícolas, la alfabetización estaba extendida y los excedentes agrícolas eran mucho más elevados. Los campesinos nunca estuvieron «igualmente atribulados» en Escandinavia. En general, la socialdemocracia de la región actuaba en un medio tan excepcionalmente favorable que nunca estuvo disponible como modelo para la exportación, como reconocía la mayoría de sus dirigentes.

Más adelante, el argumento de Judt en *Postwar* oscilaba entre las afirmaciones de que el Estado de bienestar ha estado en grave peligro desde la década de 1970 y las declaraciones de que era la piedra angular del modelo europeo para el siglo XXI. El primer argumento, basado en una economía política decididamente esquemática que —como mostraba *Postwar* no era el punto fuerte de Judt— afirmaba que, a principios de la década de 1970, los márgenes de beneficios que habían hecho posible el compromiso de clases socialdemócrata se vieron amenazados cuando la «emigración de mano de obra agrícola excedente hacia la productiva industria de las urbes» había acabado, y los «índices de aumento de la productividad empezaron a declinar inexorablemente»; las políticas keynesianas de estimulación produjeron inflación mientras que fracasaron en generar crecimiento. Además, «la clase obrera, blanca, masculina y con empleo», cuyos partidos socialdemócratas habían encabezado el Estado de bienestar, estaba empezando a contraerse. Por otra parte, Judt afirmaba que el Estado de bienes-

⁶³ *Ibid.*, pp. 364-365.

tar había sobrevivido con fuerza a todos los barullos políticos e ideológicos montados en torno a él. «La liberalización económica no señaló la caída del Estado de bienestar, ni siquiera su declive terminal, a pesar de las esperanzas de sus teóricos. Sin embargo, ilustraba» —extraña elección del verbo— «un cambio sísmico en la asignación de los recursos y de la iniciativa desde el sector público al privado».⁶⁴

El himno al modelo social europeo que entonaba *Postwar* representaba un llamativo contraste respecto a la sombría perspectiva de *A Grand Illusion?*, un hecho que no se mencionaba para nada. Los dos libros también ofrecían explicaciones marcadamente diferentes sobre la división Este-Oeste europea. En 1955, Judt había rechazado la idea de que la división fuera «una creación artificial de la Guerra Fría, una cortina de hierro gratuita y recientemente trazada sobre un único espacio cultural». Por el contrario, ya en el siglo xv había habido «una línea invisible que corría de norte a sur por la mitad de Europa». Ampliar los miembros de la UE con los países excomunistas europeos sería «un acto de caridad»⁶⁵. Sin una palabra de explicación, *Postwar* invierte estas afirmaciones: la división es por completo una creación de la Guerra Fría: antes de la Segunda Guerra Mundial, «las diferencias entre el Norte y el Sur, entre ricos y pobres, entre urbanos y rurales, tenían más importancia que la de división entre Este y Oeste». Sin embargo, a partir de 1945:

El efecto de la soviétización de Europa del Este fue apartarla cada vez más de la mitad occidental del continente. Igual que Europa Occidental estaba a punto de entrar en una era de espectaculares transformaciones y de prosperidad sin precedentes, Europa del Este estaba deslizándose hacia un estado de coma; hacia un invierno de inercia y resignación, puntuado por ciclos de protesta y sometimiento, que duraría cerca de cuatro décadas⁶⁶.

En esta interpretación, el avance del *glacis* soviético había bloqueado la oportunidad de la región para establecer un Estado de bienestar autóctono. Los argumentos contrarios del propio Judt en «Politics of Impotence?» —de que los centroeuropeos estaban tan apegados a las prestaciones sociales de sus Estados que podrían mostrarse poco favorables a una restauración del capitalismo— habían sido evidentemente olvidados.

El elogio del modelo social europeo que hace Judt está más debilitado por la segunda, menos tendenciosa, línea argumental de su narrativa: una explicación bastante monótona de la integración europea. Como historiador, Judt tenía poco talento para dar vida a sus protagonistas —de hecho, tenía poco interés por los caracteres como tales— y *Postwar* no ofrecía ninguna renovada interpretación o descubrimientos en archivos. Sin embargo, los

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 456, 484, 558.

⁶⁵ T. Judt, *Grand Illusion?*, cit., pp. 46-47, 130.

⁶⁶ T. Judt, *Postwar*; cit., p. 195.

mismos hechos que presenta sobre los acuerdos transnacionales que finalmente desembocaron en la UE mostraban que, al margen de lo que se pudiera decir sobre el modelo social europeo, se trataba de un tema histórico completamente independiente del de la unidad europea. Ninguna de las etapas clave en el camino a la integración tenía nada que ver con el Estado de bienestar; eran mayormente los resultados de cálculos geopolíticos, y desde finales de la década de 1980, procesos básicamente neoliberales. El Plan Schuman de 1950 había permitido a Alemania escapar de los controles económicos de los aliados, al mismo tiempo que proporcionaba garantías a los franceses contra un rearme alemán. Como señaló el propio Judt, la Comunidad Económica Europea era un intento para abrir los mercados francés y alemán, de nuevo por razones políticas. El ímpetu por establecer un sistema monetario europeo vino de un intento por estabilizar los tipos de interés, después del colapso del sistema de Bretton Woods. La creación de la Unión Europea, a través del Acta Única Europea de 1987 y del Tratado de Maastricht de 1992, estableció la libre circulación de los bienes, servicios y capitales entre sus miembros, pero también impuso severos requerimientos presupuestarios de estilo alemán. Como señalaba *Postwar*, los ministros de Finanzas de la eurozona «eran incapaces de responder a los cantos de sirenas de los votantes y políticos que pedían un acceso más fácil al dinero y un aumento del gasto público»⁶⁷.

Judt intentaba resolver esta tensión entre las dinámicas reales de la integración europea y su supuesto modelo social europeo por medio de algunas inverosímiles vinculaciones retóricas:

En términos relativos, el así llamado elemento «social» del presupuesto de la UE era minúsculo, menos del 1% del PIB. Pero no obstante, desde finales de los años ochenta los presupuestos de la Comunidad y de la Unión Europea tenían un carácter distintivamente redistributivo, transfiriendo recursos de regiones ricas hacia regiones pobres y contribuyendo a una continua reducción del conjunto de la brecha entre ricos y pobres que sustituía de hecho a los programas socialdemócratas con base nacional de la generación anterior⁶⁸.

Esto era confundir los deseos con la realidad. El propio Judt señalaba veinte páginas más adelante que las desigualdades regionales y sociales en Europa habían aumentado claramente a partir de la década de 1980; un pequeño núcleo super-rico contrastaba ahora con las regiones más pobres de la zona del Mediterráneo y de Europa del Este. Más que ampliar el modelo del bienestar, la integración europea en todo caso lo había debilitado.

¿Qué pasaba con el propio «modelo social»? Judt sugería que, en claro contraste con Estados Unidos, las sociedades europeas estaban marcadas por impuestos elevados, vacaciones largas, sanidad gratuita, buena educación

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 305, 461, 715.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 732.

pública y altas expectativas de vida. Pero la relación entre este ideal y las sociedades europeas realmente existentes quedaba poco clara. Mayormente, Judt parecía estar imaginando un vago promedio conceptual del rico noroeste europeo –Bélgica, Dinamarca, Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Alemania, Noruega– en vez de la desigual topografía social del continente en conjunto. Aunque en *Postwar* las desiguales sociedades del sur y del este europeo –Portugal, España, Italia, Grecia– recibían un somero análisis, nunca se les permitía que afectaran a su «modelo social»⁶⁹. Finalmente, tampoco se sostiene en pie el intento que hace Judt de contraponer un modelo europeo «positivo» con un modelo estadounidense «negativo». Como deja claro su propia narrativa, la Europa de la posguerra estuvo muy determinada por el intervencionismo de Estados Unidos; Washington adoptó extraordinarias medidas para reconstruir las economías de la Europa Occidental y para proporcionar a sus Estados una garantía de seguridad que eliminara la necesidad del rearme. Históricamente, «el modelo europeo», comoquiera que se especifique, nunca ha sido una alternativa a la hegemonía estadounidense sino más bien una consecuencia de ella.

4. ¿SOCIALDEMOCRACIA?

La fragilidad del intento de síntesis que hacía Judt en *Postwar* se evidenció claramente con su rápido desmoronamiento. En tiempos de su último libro, *Ill Fares the Land*, Judt había sufrido otra conversión de su perspectiva política. El libro se originó en una conferencia de despedida pronunciada en la Universidad de Nueva York en 2009, después de que se le hubiera diagnosticado una esclerosis lateral amiotrófica. *NYRB* había publicado una transcripción de la conferencia que produjo «un coro de demandas para su ampliación en un pequeño libro». El testamento político resultante adoptó un tono declamatorio: «hay algo profundamente equivocado en la manera en que vivimos actualmente»; «y sin embargo parecemos incapaces de concebir alternativas»⁷⁰. *Ill Fares the Land* buscaba proporcionar una en forma de una socialdemocracia rehabilitada. Lamentablemente para sus admiradores los resultados contradecían directamente, o invertían con rotundidad, muchas de las declaraciones que con tanto aplomo había hecho Judt sobre el Estado de bienestar y la socialdemocracia en *Postwar*. La resultante confusión quedaba ampliamente demostrada por su intento de afrontar cuatro cuestiones clave.

(i) *El Estado de bienestar; ¿quién lo creó?*

Judt quería mantener de nuevo que el Estado de bienestar eran tanto el producto de un «consenso keynesiano» entre partidos como un logro his-

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 792, 777-800.

⁷⁰ T. Judt, *Ill Fares the Land*, Nueva York, 2010, pp. XIV, 1-2.

tórico socialdemócrata. Pero mientras que *Postwar* había celebrado la superioridad del modelo social europeo, *Ill Fares the Land* minimizaba cualquier contraste semejante y en vez de ello sostenía que el *New Deal* de Roosevelt y la Gran Sociedad de Johnson, eran en la práctica la versión estadounidense de la socialdemocracia⁷¹. Después de la Segunda Guerra Mundial el «anhelo por la normalidad», que había explicado en *Postwar* la especial predilección de los europeos por la asistencia social administrada por el Estado, aparentemente se aplicaba igual a los estadounidenses. Un continuo patinaje en la utilización que hace Judt del término «socialdemocracia» le permitía algunas veces sugerir una forma de razón histórica hegeliana, un propósito «objetivo» que escapa a las intenciones «subjetivas» de aquellos que están implicados. Así, cualquiera que en la posguerra apoyara la reivindicación de una gestión keynesiana asciende al rango de socialdemócrata (*social democrat*) «objetivo» –y regado de alabanzas– cualquiera que fuera su etiqueta partidista:

Los socialdemócratas no solo sostuvieron el pleno empleo durante casi tres décadas, sino que también mantuvieron unos índices de crecimiento más que competitivos respecto a los de las economías sin restricciones del pasado. Y en base a este éxito económico introdujeron cambios sociales radicalmente disyuntivos que, en pocos años, llegaron a parecer bastante normales. Cuando Lyndon B. Johnson habló de construir una «gran sociedad», sobre la base de un masivo gasto público en una variedad de programas y organismos respaldados por el gobierno, pocos objetaron y menos aún consideraron que la proposición fuera rara⁷².

Los defensores de Eugene McCarthy –de hecho el propio LBJ– podrían sorprenderse ante esta elevación retrospectiva al estatus de un Olof Palme yanqui.

Igualmente, mientras *Postwar* había otorgado un lugar de honor a la socialdemocracia escandinava y británica, *Ill Fares the Land* explicaba que la socialdemocracia «pura» al estilo escandinavo siempre había sido «no-exportable», mientras que el Estado de bienestar creado por el laborismo británico posterior a la guerra no era socialdemócrata en absoluto, sino simplemente «pragmático». Esto se acompañaba de un énfasis más acentuado en el no-radicalismo del Estado de bienestar, ahora no solo «post-ideológico» como en *Postwar*, sino enfocado a la creación de «conservadores con instintos»⁷³. Con el criterio de Judt, incluso Berlusconi, Sarkozy y Merkel podrían contarse como socialdemócratas:

La socialdemocracia, de una forma u otra, es la prosa de la política europea contemporánea. Hay muy pocos políticos europeos, y menos aún en posiciones de influencia, que discreparían del núcleo de las suposiciones socialdemó-

⁷¹ T. Judt, *Ill Fares the Land*, p. 32.

⁷² *Ibid.*, pp. 69, 51, 46.

⁷³ *Ibid.*, p. 79.

cratas sobre los deberes del Estado, por mucho que puedan diferir en cuanto a su alcance⁷⁴.

La confusión conceptual de este enfoque, en el que virtualmente todos los actores políticos se convierten en involuntarios instrumentos de una *Geist* socialdemócrata, solo consigue oscurecer los temas políticos e históricos centrales: ¿cuál fue el papel real de los partidos socialdemócratas en la construcción del Estado de bienestar, y qué parte estuvo a cargo de condiciones político-económicas más amplias? Estas eran preguntas que Judt nunca llegó a plantear. Cualesquiera que sean las respuestas, todas comparten el hincapié sobre dos componentes esenciales: en primer lugar el largo *boom* económico del periodo de la posguerra, que tiene pocos vínculos, si es que tiene alguno, con la fuerza de los partidos socialdemócratas, pero cuya duración acompaña a la expansión del Estado de bienestar. En segundo lugar, la existencia de un bloque comunista rival, que se proclamaba la patria de los trabajadores. La conversión de los partidos socialdemócratas en neoliberales de centro-izquierda siguió al declive y caída del desafío estatal-socialista. Judt, el viejo anticomunista, en un momento deja que se le escape:

Por esto importaba tanto la caída del comunismo. Con su colapso, se deshizo toda la madeja de doctrinas que habían atado a la izquierda durante más de un siglo. Por muy pervertida que fuera la variación moscovita, su repentina y completa desaparición no podía menos que tener un impacto perturbador sobre cualquier partido o movimiento que se calificara de «socialdemócrata» [...] para la izquierda, la ausencia de una narrativa respaldada históricamente deja un espacio vacío⁷⁵.

Como sea que se defina la relación, empíricamente parece claro que la democracia social ha estado profundamente dependiente de su gemelo revolucionario. El intento de formular una política socialdemócrata en ausencia de una política socialista parecería históricamente inverosímil.

(ii) *El Estado de bienestar; ¿qué fue lo que falló?*

Sin ninguna explicación, la hueca promoción del modelo social europeo que se hacía en *Postwar*, donde había sido un faro para el mundo, se convirtió en casandrismo en *Ill Fares the Land*, donde el Estado de bienestar aparecía desastrosamente corroído por la creciente desigualdad y el declive de los servicios públicos. Judt se centraba principalmente en Estados Unidos y en Gran Bretaña, pero dejaba claro que ni siquiera Suecia, Francia, Alemania u Holanda se habían salvado de evoluciones negativas⁷⁶.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 143.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 142.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 113, 234.

¿Qué explicaba este deterioro? Judt sostenía que la culpa era principalmente de una generación que había crecido bajo el Estado de bienestar de la posguerra y que había considerado garantizada la seguridad que éste proporcionaba, volviéndose desagradecida en vez de agradecida: «el narcisismo de los movimientos estudiantiles, de las ideologías de la nueva izquierda y de la cultura popular de la generación de los sesenta invitaban a una reacción conservadora», que permitió a la derecha renovar la «revolución intelectual» organizada por Hayek y Friedman e imponer sobre la escena política un dogmatismo de libre mercado; un resultado que estaba «lejos de ser inevitable»⁷⁷.

Para Judt, la crisis del Estado de bienestar era principalmente una cuestión de ideas; de las ideas egoístas de los radicales de los sesenta y de los contra-argumentos hayekianos, que eran «verdaderamente contundentes»⁷⁸. Si las cosas hubieran sido de otra forma, el consenso de la posguerra probablemente hubiera permanecido intacto. Lo que resultaba llamativo era la completa ausencia de cualquier explicación económica de la crisis del «consenso keynesiano» alrededor del Estado de bienestar de Judt. Si se llegaban a mencionar cambios económicos siempre era como acotaciones al margen. He aquí algunos ejemplos: «a medida de que el *boom* de la posguerra se quedaba sin cuerda» —no se daba ninguna explicación de las razones— el desempleo creció y la base fiscal del Estado se vio amenazada. «Solamente cuando el Estado de bienestar empezó a entrar en dificultades» —inexplicadas— arraigaron las ideas neoliberales. «El crecimiento del desempleo en el transcurso de la década de 1970» y «la inflación de aquellos años» —inexplicadas— pusieron nuevas presiones sobre el Tesoro público⁷⁹. Aunque la crisis del Estado de bienestar era el tema central de *Ill Fares the Land*, se daban menos explicaciones sobre ella incluso que en *Postwar*.

(iii) *Socialdemocracia (Social Democracy): ¿éxito o fracaso?*

Solapándose con el relato de Judt sobre el Estado de bienestar estaba su descripción del destino de la socialdemocracia, tácitamente entendida como los partidos de la Internacional Socialista. ¿Eran ellos los vehículos para un renovado Estado de bienestar? Judt menciona de pasada una variedad de causas, parcialmente contradictorias, de su «pérdida de coraje»: una clase trabajadora en disminución; la caída del comunismo; el hecho de que la socialdemocracia «de una forma u otra» se había vuelto tan generalizada —«la prosa de la política europea contemporánea», como se decía anteriormente— que ahora los propios partidos no tenían nada distintivo que ofrecer⁸⁰. Pero Judt no podía permitirse dejar que reflexiones tan sombrías llegaran

⁷⁷ *Ibid.*, pp. 83-84, 94-96.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 97.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 79, 102, 147.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 86, 151, 143-144.

demasiado lejos, menos aún que debilitaran el propósito de su libro: una llamada de aviso a la socialdemocracia como la última esperanza de la era. El sermón resultante se contradecía a sí mismo a cada paso. Así, a finales del siglo xx la socialdemocracia no solo había «cumplido muchos de sus antiguos objetivos», sino que «había triunfado por encima de los salvajes sueños de sus fundadores», aunque probablemente Judt no se estaba refiriendo aquí a Marx, Engels, Bebel o Bernstein. Sin embargo, en ese caso, ¿por qué sufría tanto la tierra? O de nuevo: para la socialdemocracia «una posición defensiva tenía sentido» para «convencer a los votantes de que era una respetable elección radical dentro de una política liberal». Sin embargo, «la socialdemocracia no puede consistir solamente en preservar encomiables instituciones como una defensa contra opciones peores»⁸¹.

(iv) ¿Qué hacer?

Sin embargo, ya se tratara de un éxito o fracaso, por el momento la socialdemocracia había perdido su camino. ¿Qué se necesitaba para ponerla de nuevo en la pista correcta? La respuesta de Judt era un *ne plus ultra* de idealismo insulso: lo que cambiaría al mundo sería una clase de lenguaje más positivo porque el problema de la socialdemocracia contemporánea no era «qué hacer» [*sic*], sino «cómo hablar de ello»; «nuestra incapacidad es *discursiva*: simplemente no sabemos cómo hablar ya sobre estas cosas». *Ill fares the Land* insistía en este tema desde el principio, cuando Judt cavilaba sobre cómo responder a un niño de doce años que le había advertido de que en Estados Unidos la palabra «socialismo» era tóxica. La solución de Judt era decir al niño que se olvidara de «socialismo» y en vez de ello pensara en «socialdemocracia», con su plena «aceptación del capitalismo»⁸².

Un «nuevo lenguaje para la política» era desde luego la tesis de Furet en *Penser la Révolution française*, donde la sociedad más o menos levitaba por la pura magia de las palabras. Pero Judt daba un giro característicamente británico a esta concepción francesa; el discurso que rescataría a la socialdemocracia era una «narrativa moral», aunque Judt no explicaba qué era lo que esa narrativa podía decir. Junto a esto, hacía un llamamiento para rehabilitar el Estado como «la única institución que se sitúa entre los individuos y los actores no estatales como bancos o corporaciones internacionales», aunque como Judt no especificaba lo que debía hacer ese Estado, el resultado era poco más que retórico⁸³. Desde luego Judt estaba muy enfermo en ese momento. No obstante resulta asombroso pensar que un observador serio de los temas de la actualidad, que vive en Estados Unidos, pudiera en 2010 describir al «Estado» como una tercera parte neutral, situada entre los bancos y los individuos. Este era el ordenamiento

⁸¹ *Ibid.*, pp. 147, 229, 143, 233.

⁸² *Ibid.*, pp. 161, 234, 34, 229.

⁸³ *Ibid.*, pp. 196, 183.

político que socializaba las masivas pérdidas de los bancos en 2008 en contra de la extendida cólera popular. La discontinuidad de estilo y personal entre Bush y Obama solamente ha subrayado la continuidad fundamental de la política del Estado respecto a los bancos. *Ill Fares the Land* concluía con un conjunto de prescripciones políticas desesperadamente anodino. «Las mejoras escalonadas sobre circunstancias insatisfactorias es lo mejor que podemos esperar, y todo lo que debemos buscar»⁸⁴. Aun teniendo en cuenta las condiciones en las que trabajaba en esta etapa –la pesadilla del avance de su parálisis se describía vívidamente en las páginas de *NYRB*⁸⁵– en el testamento final de Judt la neo-socialdemocracia continúa siendo notablemente insípida.

Valoración

A la luz de un examen más sereno de su trabajo, ¿cómo quedan los elogios de Judt como «gran historiador», «crítico valeroso» y «brillante comentarista político»? Como historiografía, incluso sus primeros y más sustanciales obras sobre Francia –*La Reconstruction du Parti Socialiste* y *Socialism in Provence*– estaban debilitados por la agresiva tendenciosidad de su enfoque. *Marxism and the French Left* y *Past Imperfect* eran declaradamente selectivos y polémicos. Judt carecía de los requisitos más básicos de cualquier estudiante de la historia intelectual: la habilidad para captar y reconstruir una idea con precisión filológica. Su falta de interés por las ideas está confirmada *in extenso* a lo largo de sus abundantes escritos sobre los intelectuales: nunca hubo ningún intento serio de reconstruir la posición de un pensador para analizarla y cuestionarla. Incluso los resúmenes de figuras hacia las que se mostraba bien dispuesto eran chapuceros; los escritores hacia los que se mostraba regularmente hostil eran vilipendiados por opiniones que no mantenían. Juzgado como historiador intelectual, el veredicto sobre Judt debe ser negativo. Su obra magna, *Postwar*, está regularmente incluida en los cursos para graduados sobre Historia Europea. Pero sus 900 páginas no dicen nada nuevo ya sea por medio de la evidencia o de la interpretación; una debilidad que queda subrayada por la ausencia del más mínimo aparato de estudio, fuera de una «bibliografía general» disponible en la Universidad de Nueva York.

El propio Judt confesó en su entrevista final que en el colegio había estado «mejor considerado en la literatura que en la historia», jactándose también de que «estaba –y lo sabía– entre los mejores oradores y escritores de mi edad. Quiero decir que no era el mejor historiador»⁸⁶. De hecho, realmente fue su talento como polemista y panfletista, limitado pero real, lo que le descalificaba como historiador de las ideas, por mucho que le gus-

⁸⁴ *Ibid.*, pp. 183, 224.

⁸⁵ T. Judt, «Night», *NYRB*; reunido junto a dos docenas de textos cortos en *The Memory Chalet*.

⁸⁶ *Prospect*, agosto de 2010.

tara reivindicar este último y más elevado título. Como polemista su campo de acción era relativamente estrecho; hay un límite a lo que se puede obtener atacando a la izquierda francesa o alabando a colegas defensores del Mundo Libre. Su juicio negativo de líderes políticos –Thatcher, Bush, Clinton, Blair– tenía poco peso analítico; en su tardía crítica de los asentamientos israelíes en la Ribera Occidental nunca explicó hasta qué punto se había equivocado el proyecto sionista. No obstante, juzgado como polemista, el veredicto puede ser más favorable, exonerando a Judt de las irresponsables inconsistencias, tanto conceptuales como analíticas, que estropearon su trabajo como historiador de Europa y campeón de la neosocialdemocracia de nuestros días. A un escritor de panfletos se le puede permitir –incluso se puede esperar– que cambie sus opiniones más o menos en cualquier momento. Primero la UE es un faro moral para el mundo, después un triste ejemplo de un liderazgo fracasado; primero el Estado de bienestar es el legado del trabajo organizado, después del sentido común de políticos capitalistas... Todo vale. A un historiador se le considera con otros criterios.

Foucault. Sólo para los que se atreven a interpretar el mundo y la vida con nociones no prefabricadas.

**El gobierno de sí
y de los otros**



ISBN 978-84-460-3034-8
Páginas 368

**Nacimiento
de la biopolítica**



ISBN 978-84-460-2316-6
Páginas 352